

## Presencias diabólicas en Quevedo

J. Enrique Duarte  
Universidad de Navarra-CRISO

El demonio ha sido retratado en multitud de ocasiones por los escritores españoles de distintas maneras y a veces contradictorias: desde la aterradora visión de un demonio encargado de atormentar las almas del infierno y capaz de colocar trampas en el camino de los incautos humanos, hasta la imagen de un demonio familiar, cómico, fácil de engañar y descrito con un disfraz grotesco que causa risa y desprecio. Quevedo no es una excepción y a lo largo de su vasta obra nos encontramos con la presencia de este personaje que lo invade todo: la prosa doctrinal, la prosa festiva, la prosa política, el verso religioso, el verso burlesco. Son diferentes géneros y cada uno de ellos muestra una galería de imágenes que, en ocasiones, pueden ser muy diferentes: se parecen en muy pocas cosas los demonios calvos, cojos, zambos, rabudos y extraordinariamente risueños de los *Sueños*, del Satanás perfilado con rápidos trazos en la *Política de Dios*: un demonio desesperado y lloroso, soberbio, aterrador, acechante y peligroso que puede manifestarse de la forma más inesperada: en una invitación al rey al descanso, en una conversación privada, en el ruego de un favor político, en la dejación de las obligaciones diarias, en una doctrina política o religiosa o en un grupo social. En la mayoría de las ocasiones en las que aparece, muestra con precisión y brevedad un aspecto determinado que al escritor le interesa para detallar, realzar o intensificar una idea o una acción. Creo que el corpus quevediano consultado refleja con claridad cinco características apoyadas siempre en la teología dogmática y la Biblia o en la tradición popular: el demonio rebelde, el demonio tentador, el personaje destructor, el demonio burlesco y, por último, una serie de personajes endemoniados que comparten algunas de las características diabólicas.

A pesar de que varios autores explican que el demonio es un personaje de moda, faltan estudios que nos determinen con cierta

claridad una historia literaria del demonio en España y sus influencias. Es un terreno donde confluyen la teología, lo filosófico, lo social, lo literario y lo plástico<sup>1</sup> que muchas veces es ignorado como si esas referencias no existieran. Y, sin embargo, la experiencia de la maldad en la vida plantea al hombre el problema de justificarla, entenderla y conjurarla de alguna manera plasmándola.

#### I. EL DEMONIO REBELDE

La desobediencia es uno de los pilares básicos que hace que el ángel se convierta en demonio. En la Biblia no encontramos la narración épica de esas batallas de los rebeldes que describe la literatura en tantas ocasiones. Sin embargo, sí que hallamos textos que sugieren esa rebelión y posterior caída. Uno de los más conocidos a lo largo de la historia es el que muestra el capítulo segundo de *Jeremías*:

Ya hace tiempo que has quebrado tu yugo, has roto tus coyundas y has dicho: «No serviré»<sup>2</sup>.

En otros textos, los padres de la Iglesia han visto mencionada la caída de Satanás del cielo, como en *Isaías*, *Lucas* o el *Apocalipsis*<sup>3</sup>. En este último texto de una manera muy clara, al igual que en otros dos. El primero es la *Segunda carta de Pedro* en el que menciona la caída de los ángeles:

Si Dios no perdonó a los ángeles pecadores, sino que precipitados en el infierno, los entregó a las prisiones tenebrosas en espera de juicio<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Ver Sola, 1973, p. 11.

<sup>2</sup> *Jeremías*, 2, 20.

<sup>3</sup> *Isaías*, 14, 12-15: «¿Cómo has caído del cielo, / brillante estrella, hijo de la aurora? / ¿Cómo has sido derribado a tierra / tú el vencedor de las naciones? / Te decías en tú corazón: / «El cielo escalaré, / encima de las estrellas de Dios / levantaré mi trono; / en el monte de la asamblea me sentaré, / en lo último del norte. / Subiré a las alturas de las nubes, / seré igual que el altísimo». / Más, ¡ay!, has caído en el Seol, / en las honduras del abismo»; *Lucas*, 10-18: «Y Jesús les dijo: «Yo veía a Satanás cayendo de cielo como un rayo»; *Apocalipsis*, 12, 7-9: «Entonces hubo una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón. El dragón y sus ángeles combatieron, pero no pudieron prevalecer y no hubo puesto para ellos en el cielo. Y fue precipitado el gran dragón, la serpiente antigua, que se llamaba «Diablo» y «Satanás», el seductor del mundo entero y sus ángeles fueron precipitados con él».

<sup>4</sup> *2 Pedro*, 2, 4.

y el segundo texto, una *Carta de San Judas*:

Y ha reservado en eterna prisión, en el fondo de las tinieblas, para el juicio del gran día, a los ángeles que no conservaron su dignidad, sino que perdieron su propia mansión<sup>5</sup>.

Estos dos textos bíblicos muestran una conocida leyenda judía que no nos detallan. Probablemente, muchos de los detalles que apuntan tienen relación con el apócrifo *Libro primero de Henoc*. Comienza el capítulo 6 contando como doscientos ángeles se juramentaron bajo el mando supremo de Semyasa para tomar mujeres y engendrar hijos<sup>6</sup>. Poseían una distribución militar y estaban distribuidos en decenas, al frente de las cuales había un jefe. Cada ángel tomó una mujer y con estas doscientas mujeres engendraron 3000 hijos, que fueron enormes gigantes. Estos ángeles enseñaron a los hombres la maldad, fabricando armas, la hechicería y la astrología. Pero como los gigantes devoraban a los hombres, estos claman a Dios que envía a Uriel para advertir a Noé del inminente diluvio, mientras que Rafael y Miguel entablan combate con los ángeles amotinados. Tras la derrota son encadenados a la tierra y tras el juicio final serán arrojados a las mazmorras de fuego<sup>7</sup>. El *Segundo libro de Henoc* muestra a Satanás rebelado deseando tomar el trono de Dios por lo que fue arrojado de la altura al abismo. Lleno de envidia decidió inducir al pecado a Adán por medio de Eva<sup>8</sup>. También en otro apócrifo titulado *Vida de Adán y Eva*, se explica que la causa de la expulsión se produce porque Dios exige a los ángeles la adoración de la naturaleza humana, creada a imagen y semejanza de Dios, y mientras Miguel y sus ángeles obedecen, Satán y los suyos se niegan por lo que son arrojados del cielo a la tierra. Como Satanás no puede soportar la felicidad de Adán en el paraíso, lleno de envidia le induce a desobedecer y compartir el destino de los ángeles derribados<sup>9</sup>.

Fueron los padres de la Iglesia los que perfilaron esta rebelión y crearon este demonio soberbio que aparece en tantos pasajes de la literatura española. San Agustín, San Gregorio Magno y Santo Tomás explican que el pecado del demonio fue de soberbia, desmarcándose así de la tradición judía que veía un pecado sexual en los ángeles (el asalto a las hijas de los hombres) y compartido por

<sup>5</sup> *Carta de san Judas*, 6.

<sup>6</sup> *Génesis*, 6, 1-4.

<sup>7</sup> Haag, 1978, p. 164.

<sup>8</sup> Haag, 1978, p. 173.

<sup>9</sup> Ver Haag, 1978, pp. 172-73. Esta leyenda aparece en varias ocasiones en Calderón, en *El divino Orfeo*, 1634, vv. 621 y ss.; *La cura y la enfermedad*, p. 754; *Primer flor del Carmelo*, vv. 261 y ss.

algunos padres de la Iglesia<sup>10</sup>. En la *Suma teológica* se nos dice que hablando con propiedad en los demonios solo hay dos pecados: la soberbia y la envidia, pues un espíritu puro, como es el del ángel, solo puede apartarse de Dios por apetito desordenado de la propia excelencia<sup>11</sup>. Lo que se subrayaba era que toda la creación fue buena en un principio y la explicación al mal y el pecado se halla en el ángel pecador que puso obstáculo a la bienaventuranza, siendo estas doctrinas sancionadas por el IV Concilio de Letrán (1215) que definió la doctrina contra el dualismo de los gnósticos y maniqueos: «Pues los diablos y los demás demonios fueron creados buenos por Dios en su naturaleza, pero ellos mismos por sí se hicieron malos»<sup>12</sup>. Además, San Agustín explica que la causa de la caída de los ángeles fue la soberbia y luego la envidia<sup>13</sup>. Todas estas ideas aparecerán de alguna u otra forma en los textos quevedianos.

El propio demonio cuenta su sublevación y derrota en el «Poema a Cristo resucitado»:

La espada de Miguel, su grave ceño,  
nos venció en la batalla más violenta;  
bien las heridas en mi rostro enseñó,  
que sin consuelo son, como sin cuenta.  
Échonos de su alcázar, como dueño;  
grande el castigo fue; pero la afrenta  
mayor será si a nuestra noche pasa,  
y saquear intentare nuestra casa<sup>14</sup>.

Y en «El Padre nuestro glosado» vuelve a recordar la batalla:

<sup>10</sup> San Justino, Atenágoras, Tertuliano, San Clemente Alejandrino y San Ambrosio. Ver Ott, 1986, p. 199.

<sup>11</sup> Santo Tomás, *Suma*, 1, 63, 2. Niega que los demonios se deleiten con los pecados carnales y la causa de la caída de nuestros primeros padres fue la envidia.

<sup>12</sup> Denzinger, 428: «Diabolus enim et alii daemones a Deo quidem natura creati sunt boni, sed ipsi per se facti sunt mali»; Santo Tomás, *Suma*, 1, 63, 5 ad 4 y 6, donde explica que todos los ángeles merecieron la bienaventuranza, pero al instante algunos pusieron obstáculo a ella, destruyendo así el mérito precedente y fueron privados de la bienaventuranza que habían merecido. En *Suma*, 1, 63, 8, ad 1 y ad 3 y 2-2, 24, 3, ad 1, se explica que todos ellos pecaron gravemente, de lo que se siguió que el libre albedrío de los demonios esté obstinado al mal para siempre (*Suma*, 1, 64, 2) y una condenación eterna (2-2, 18, 3c).

<sup>13</sup> San Agustín, *Del Génesis a la letra*, libro 11, cap. 14. La envidia del demonio aparece como causa del pecado del hombre en *Sabiduría*, 2, 24: «Mas por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo». Ver Sans, 1963, donde estudia la envidia del demonio en San Clemente Papa, San Justino, San Teófilo, San Ireneo y otros.

<sup>14</sup> Ver *PO*, núm. 192, vv. 145-52. Para un excelente estudio de este poema con algunos sobre el demonio, ver Galván, 2004.

Tú, que los despoblaste [los cielos]  
de la familia ángélica, que osada,  
por la soberbia mereció tu espada<sup>15</sup>.

A la rebelión, provocada por la soberbia, sigue de forma inevitable la derrota y la condenación eterna. De igual manera, este perfil del demonio rebelde se muestra de una forma muy precisa en la prosa quevediana. Son muy comunes los textos que justifican el castigo al valido o a aquellos dignatarios que ofenden al poder real. En los *Grandes anales de quince días* lo explicita:

Doctrina de Dios es castigar, si peca, con publicidad al mayor ministro: con demostración castigó Dios su mayor ministro entre los serafines, y no teniendo otro ministro ni otro hombre sino Adán en la tierra, por una manzana que tomó a intercesión de la mujer, le condenó a muerte y le desterró del paraíso; Cristo a San Pedro le echó de sí llamándole Satanás, porque enterneció el lenguaje, regateándole la pasión. Remítome en este punto al capítulo en que lo trato con la pluma de los evangelistas en mi libro, cuyo título es *Política de Dios*<sup>16</sup>.

Y efectivamente, en la *Política de Dios* hay varios pasajes que se apoyan en la rebelión diabólica para justificar el castigo al inobediente. En la «Primera parte», desarrolla este enunciado anterior:

Esfuerzan la opinión contraria los que pretenden asegurar de los castigos con decir que no está bien al que una vez favorecen los reyes, le desacrediten y depongan, y que es de crédito de su elección, que conviene disimular con ellos y desentenderse. Doctrina de Satanás, con que se introduce en los malos ministros obstinación asegurada; y en los príncipes ignorancia peligrosa, para que porfiadamente prosiga en sus desatinos. Veamos: Dios en su república, y con el pueblo y familia de los ángeles, ¿qué hizo? Apenas había empezado el gobierno della, cuando al más valido Serafín, y que entre todos amaneció más hermoso, no solo le depuso, mas le derribó y condenó con toda su parcialidad y séquito; sin reparar en la política del engaño que pregunta si los había de deponer, ¿para qué los crió? [...] Hemos visto lo que hizo Dios con los ángeles, veamos lo que hizo con los hombres. Pecó Adán por complacer a la mujer; la mujer fue inducida de la serpiente, que se lo aconsejó. Advierta V. M. que el primer consejero que hubo fue Satanás vestido de serpiente; no hubo comido contra el precepto un bocado, cuando un ángel con espada de fuego le arroja del paraíso<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> *PO*, 191, vv. 22-24.

<sup>16</sup> Quevedo, *Grandes anales*, ed. Roncero, pp. 260-61.

<sup>17</sup> Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 9, p. 73.

Y esta idea del castigo ejemplar necesario se desarrolla en otros pasajes<sup>18</sup>. Este perfil del demonio rebelde sirve también para caracterizar en varios pasajes de la *Política de Dios* al mal servidor:

¿qué hará el lado y favor de los reyes hombres en lo que habiendo adquirido con maña la gracia de un príncipe están a su oreja? No solo pretenderán las dos sillas; tratarán como Luzbel de quitarle su trono, pues fue aquel serafín, y su pecado lo será, inventor de las caídas de los poderosos con soberbia<sup>19</sup>.

Un ejemplo de mal servidor puede estar en el Cardenal Richelieu, que intenta, como el demonio hacerse con la silla real:

El señor de la Montaña dijo: «Es cierto que el cardenal ha estudiado en los cartapacios de Lucifer, pues toda su doctrina es deponer a su señor»<sup>20</sup>.

Y en la *Providencia de Dios* identifica el tirano con la rebeldía satánica<sup>21</sup>. Frente al demonio, resaltarán entonces la imagen del criado fiel en el arcángel Miguel<sup>22</sup>. Relacionada con la soberbia y la caída angélica, está la envidia causa por la que se pierde el hombre, como hemos visto arriba. En *La cuna y la sepultura* se refiere de nuevo al motín demoniaco para expresar esta idea y en otros textos:

de la invidia de los espíritus amotinados que no perseveraron como tú y pretenden que yo caiga como ellos<sup>23</sup>.

En la *Constancia y paciencia del Santo Job* se vuelve a utilizar esta imagen para expresar la ingratitud:

Por Dios empezaron las criaturas a ser ingratas. El primer ángel en la dignidad fue inventor de las comunidades y motines en el cielo contra su Criador. La mujer contra el precepto divino, sigue la interpretación del demonio<sup>24</sup>.

<sup>18</sup> En Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 9, p. 77, donde debe castigar a los malos ministros, imitadores de Herodías, que procuran su diversión. También, *Política de Dios*, 2, cap. 2, p. 158, donde ha de castigar a los que pretenden ser como el monarca.

<sup>19</sup> Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 13, p. 91.

<sup>20</sup> Ver Riandière, 1984, p. 108.

<sup>21</sup> Quevedo, *Providencia de Dios*, p. 1040: «¿Quién [inventó] los tiranos, sino el querer ser Dios y que él no lo sea?».

<sup>22</sup> Quevedo, *La cuna y la sepultura*, p. 120; *Virtud militante*, p. 139; *Política de Dios*, 2, cap. 23, pp. 312-13, etc.

<sup>23</sup> Quevedo, *La cuna y la sepultura*, p. 112; *Virtud militante*, p. 76 y p. 89.

<sup>24</sup> Quevedo, *La constancia y paciencia*, p. 1005.

La Ingratitud de este pasaje está muy cerca de este perfil demoniaco, porque, según Santo Tomás, pertenece a la primera y segunda especie de soberbia, lo mismo que la infidelidad<sup>25</sup>.

Una metáfora muy común es el apelativo de *comunero* al demonio, que aparece en numerosos pasajes de la literatura española e hispanoamericana<sup>26</sup>. La revuelta de 1521 de los líderes de la Comunidades de Castilla contra Carlos V, derrotados en Villalar, pronto se identificó con un movimiento de rebeldía en el que se veía la intervención del demonio, como expresa Pedro Mexía en su *Relación de las Comunidades de Castilla*:

Dos años y medio había, y aun no cabales, que el emperador había venido a estos reinos, y gobernándolos por su persona y presencia, y los tenía en mucha tranquilidad, paz y justicia, cuando el demonio, sembrador de cizañas comenzó a alterar los pensamientos y voluntades de algunos pueblos y gentes de tal manera que se levantaron después tempestades, alborotos y sediciones; de que se siguieron grandes daños. [...] Fue obra del demonio; el cual, pesándole de los buenos sucesos deste rey, y de la paz y justicia que en Castilla había, se dio tan buena maña (permitiéndolo Dios por nuestros pecados [...]) que en lugar de quietud y tranquilidad, puso desasosiego y temor<sup>27</sup>.

En Quevedo, encontramos la imagen en el «Poema a Cristo resucitado»:

La soberbia, rebelde y comunera,  
de sí propia se teme despeñada,  
pues cuanto crece más su orgullo fiero,  
se previene mayor despeñadero<sup>28</sup>.

Y en la prosa quevediana, la imagen aparece con relativa frecuencia comunicando todo este conjunto de valores<sup>29</sup>.

<sup>25</sup> Santo Tomás, *Suma*, 2-2, 162, 4 ad 3. Para la infidelidad, 2-2, 10, 1 ad 3. Ver *Providencia de Dios*, p. 1042: «[el] demonio fue soberbio, invidioso e ingrato; y en siéndolo, fue astuto y vengativo».

<sup>26</sup> Para una relación de estos pasajes, ver Sola, 1973, pp. 45 y ss. No da ni un solo testimonio de Calderón, donde esta metáfora es muy frecuente: ver *El divino Orfeo*, 1663, v. 257; *El gran duque de Gandía*, p. 98, entre otros muchos.

<sup>27</sup> Ver Mexía, «Relación de las comunidades de Castilla», p. 367; también Sola, 1973, pp. 45-46, que comenta este pasaje entre otros muchos.

<sup>28</sup> *PO*, núm. 192, vv. 85-88.

<sup>29</sup> Por ejemplo en *Providencia de Dios*, p. 1042: «El ángel comunero, para ser demonio fue soberbio, invidioso y ingrato»; *Providencia de Dios*, p. 1056: «El primero que confesó esto, si bien con intento traidor fue el serafín comunero»; *La caída para levantarse*, p. 1091: «El serafín comunero en el principio de la creación»; *Política de Dios*, 2, cap. 23, p. 305: «La guerra no bajó del cielo a la tierra. Cayó precipitada al infierno en los ángeles amotinados, en el serafín comunero» y otros.

Como vemos en estos textos, la imagen del demonio rebelde es uno de los rasgos con los que se nos aparece el demonio en multitud de ocasiones. Con ella se permite identificar al soberbio, al envidioso y al ingrato o al tirano. De igual forma, avala la necesidad de un castigo ejemplar que destruya el desorden creado por las ambiciones personales y restituya el orden establecido.

## 2. EL DEMONIO TENTADOR

En la Biblia, una de las ocupaciones del demonio es tentar a la humanidad, por lo que los textos que expresan el temor ante la tentación diabólica son numerosos<sup>30</sup>. Sin embargo, hay dos que tienen especial importancia en nuestro caso porque aparecen con cierta frecuencia: el primero es el pasaje del evangelio en el que Cristo es tentado por el demonio<sup>31</sup>, y el segundo es el texto en el que Cristo anuncia por primera vez su pasión, Pedro le reprende y Cristo lo llama «Satanás»<sup>32</sup>. Aunque también aparece el texto más clásico, el de la tentación de la serpiente del *Génesis*.

Según la teología dogmática, los demonios procuran hacer todo el mal moral que pueden a los hombres para incitarles al pecado. Para Santo Tomás, la causa de la tentación diabólica es la envidia<sup>33</sup> y solo son causa de nuestros pecados indirectamente, en cuanto nos persuaden y proponen algo apetecible<sup>34</sup>. Incluso si se les permite, pueden impedir el uso de la razón, por lo que podrían forzar suficientemente al hombre al acto pecaminoso, pero no al pecado<sup>35</sup>.

Aunque el texto del *Génesis* no especifica que en la tentación de la serpiente a Eva se encontrase el demonio<sup>36</sup>, la exégesis cristiana ha querido ver siempre al demonio detrás. Bien sea por su especial peligrosidad y sigilo, o bien sea por el contraste con otras religiones, como en la antigua Babilonia, en la que la serpiente era un animal sagrado a la que se le realizaba ofrendas, esta ha pasado a ser un animal maldito y símbolo del mal. Santo Tomás explica que el demonio, al tentar a nuestros padres no pudo tomar la forma que quiso, sino solamente la de la serpiente y admite que el demonio puede adoptar, con permisión divina y para engañar, la forma

<sup>30</sup> Ver, por ejemplo, 1, *Pedro*, 5, 8: «¡Sed sobrios y estad en guardia! Vuestro enemigo el diablo, como león rugiente, da vueltas y busca a quien decorar»; *Efe-sios*, 6, 11: «Revestiros de la armadura de Dios para que podáis resistir las tentaciones del diablo»; 1 *Corintios*, 10, 13: «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea proporcionada».

<sup>31</sup> Ver *Lucas*, 4, 1-13; *Mateo*, 4, 1-11; *Marcos*, 1, 12-13.

<sup>32</sup> *Mateo*, 16, 21-23; *Marcos*, 8, 31-33; *Lucas*, 9, 22.

<sup>33</sup> Santo Tomás, *Suma*, 1, 63, 2c ad 1-2.

<sup>34</sup> Santo Tomás, *Suma*, 1, 63, 2c; 1-2, 80, 4; 3, 8, 7, ad 2; 1-2, 75, 3; 1-2, 80, 1

<sup>35</sup> Santo Tomás, *Suma*, 1-2, 80, 3.

<sup>36</sup> Ver Haag, 1978, pp. 125 y ss., y sobre todo, pp. 175 y ss.



de animales<sup>37</sup>. El *Génesis*, 3, 1, especificaba que la serpiente «era la más astuta de todos los animales» y para San Agustín era astuta por la astucia del demonio, ya que engañaba en su nombre<sup>38</sup>, mientras que San Ambrosio asegura que detrás de la serpiente se encontraba el demonio, que es la sabiduría de este mundo<sup>39</sup>.

Quevedo utiliza este pasaje del Génesis en la *Política de Dios* para explicar el sometimiento de Adán, primer rey de la creación, a la mujer y a la serpiente:

púsose al lado de la serpiente, obedeció a la mujer<sup>40</sup>.

Otro ejemplo más claro se produce en *La caída para levantarse*. En los *Hechos de los apóstoles*, 16, 16-24, nos narra cómo Pablo y Silas, estando en Filipos, se encuentran con una muchacha poseída que adivinaba el futuro. Quevedo, después de describir la situación, identifica el demonio con la serpiente y la mujer:

Ningún traje viste tan ajustado a sus escamas la serpiente antigua como el cuerpo de una mujer, cuyo sexo y edad son esfuerzo mudo a la persuasión<sup>41</sup>.

Y en la *Constancia y paciencia del Santo Job*, vuelve a identificar al demonio con el animal tentador, relacionando de manera clara la astucia de la serpiente con la sutileza del demonio:

Esta palabra «por qué» en lo que Dios hace y manda fue la primera que habló el diablo; y como la logró no la dejan de la boca en los que tiente. *Génesis*, 3, 1: «Empero era la serpiente más astuta que todos los animales de la tierra que había hecho el Señor Dios; la cual dijo a la mujer: ¿Por qué os mandó a vosotros...?» [...] Toda la astucia de Satanás estudió esta palabra «por qué», para empezar con ella a pronunciar con ella aquel veneno linajudo que se incorporó en el linaje humano y discurre herencia de padres a hijos, haciendo la muerte patrimonio de todos. Él fue el primero que preguntó «¿Por qué Dios?» y fue la primera palabra de su pregunta<sup>42</sup>.

Y la serpiente del *Génesis* aparece también sin referencia explícita al demonio en dos poemas, probablemente porque la identificación también es muy clara: el «Poema a Cristo resucitado» y el burlesco «Dichas del casado primero; la mayor sin suegra»<sup>43</sup>.

<sup>37</sup> Santo Tomás, *Suma*, 2-2, 165, 2 ad 3.

<sup>38</sup> San Agustín, *Del Génesis a la letra*, libro 11, cap. 29.

<sup>39</sup> San Ambrosio, *Paraíso*, cap. 12.

<sup>40</sup> Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 2, pp. 48-49.

<sup>41</sup> Quevedo, *La caída para levantarse*, p. 1121.

<sup>42</sup> Quevedo, *La constancia y paciencia*, p. 1009.

<sup>43</sup> Ver *PO*, núm. 192, v. 489 y núm. 699, v. 29.

Quevedo utilizan mucho más los otros dos textos. El primero, en el que Cristo regaña a Pedro llamándole Satanás, se utiliza para advertir del esfuerzo del mal por apartar al personaje del camino correcto que debe seguir. Un ejemplo de la *Política de Dios*:

A San Pedro, su valido, su sucesor, porque le quiso excusar los trabajos y le buscaba el descanso le llamó Satanás y le echó de sí; este fue grande acierto de rey: quien se descuidare de esto, ¿qué sabe? También perderá el reino, la vida y el alma<sup>44</sup>.

En el resto de los ejemplos, aparece siempre con el mismo sentido, aunque en algunos intente demostrar que las palabras de Pedro fueron inspiradas por el demonio<sup>45</sup>.

Con otros muchos significados ilustra Quevedo la tentación de Cristo en el desierto. En los ejemplos de la *Política de Dios*, el pasaje puede significar tanto el esfuerzo que ha de hacer el rey por cumplir correctamente con sus obligaciones, el peligro que supone el monopolio de la figura del rey por el privado o como ejemplo de lo que no se debe pedir al rey<sup>46</sup>. En otro ejemplo de *La caída para levantarse* sirve para encarecer el valor de la disimulación política, ya que el demonio tuvo que tentar a Cristo para averiguar si era Dios.

### 3. DEMONIO DESTRUCTOR

Desde la teología dogmática se reconoce que los demonios pueden tener un enorme poder destructivo contra el hombre, aunque limitado siempre por la bondad divina. La Biblia admite la intervención del demonio como destructor en varios casos, causando algún mal físico. En *Tobías*, 3, 8, se describe la situación de Sara, que va a casarse con Tobías, y que «había tenido siete maridos y el perverso demonio Asmodeo los había matado». En 1 *Corintios*, 10, 13, San Pablo advierte del poder del demonio con un adúltero que vive en la comunidad: «sea entregado este a Satanás para que lo atormente en el cuerpo, a fin de que el espíritu se salve en el día del Señor Jesús». Sin embargo el caso más claro será el del libro de *Job*, donde Satán, con permiso de Dios, destruye la hacienda de Job y le envía una horrorosa enfermedad, por no hablar de casos de posesión diabólica que son muy numerosos<sup>47</sup>.

<sup>44</sup> Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 2, p. 50.

<sup>45</sup> Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 9, pp. 72 y 75; 2, cap. 9, p. 174 y *La caída para levantarse*, p. 1118.

<sup>46</sup> Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 7, p. 67; 1, cap. 22, p. 120; 2, cap. 9, p. 192.

<sup>47</sup> Ver Ott, 1986, pp. 203-204.

Santo Tomás explica que el demonio combate a los hombres de dos maneras: instigándoles a pecar y castigándoles, pero en esta función han de ser enviados por Dios, no así para la primera<sup>48</sup>. En otro momento asegura que el demonio puede tentar el alma y vejar el cuerpo<sup>49</sup>. El Santo utiliza el pasaje en el que Cristo expulsa los demonios de un poseído y les permite entrar en una pira de cerdos para explicar tres cosas: primero enseñar al hombre el daño que les hacen los demonios; en segundo lugar, para demostrar que los demonios no pueden hacer nada que Dios no quiera y en tercer lugar para demostrar cuánto más graves cosas obraran los demonios en los hombres que en los cerdos si no fueran los hombres protegidos por la divina providencia<sup>50</sup>. Incluso, el demonio pueden causar con su poder maléfico la lluvia y el viento, en especial la tormenta<sup>51</sup>, elemento que es muy aprovechado por la literatura, sobre todo épica, para enfrentar al héroe (santo, conquistador, predicador...) al furor de una tormenta diabólica<sup>52</sup>. El único consuelo que admite Santo Tomás es que a los demonios no les está permitido hacer todo lo que pueden ejecutar por su naturaleza, como tampoco se les otorga la potestad de hacer algo sobrenatural<sup>53</sup>.

Este es el apartado en el que encontramos más ejemplos en la obra quevediana y donde el demonio destructor adquiere una mayor variedad, por lo que voy a comentar unos pocos ejemplos.

En Quevedo, el demonio es la causa de la destrucción y no hay nada que pueda escapar a sus manos sin ser destruido, como explica *La constancia y paciencia del Santo Job*:

Satanás destruye todas las cosas en que pone la mano, y solo tiene manos para destruir. Nada deja Dios en su mano que no se pierda<sup>54</sup>.

El objetivo del demonio es hacer del hombre otro demonio como él<sup>55</sup>. Para esta identificación, los dos cometen el mismo pecado: la soberbia<sup>56</sup>:

<sup>48</sup> Santo Tomás, *Suma*, 1, 114, 1 ad 1.

<sup>49</sup> Santo Tomás, *Suma*, 3, 49, 2 ad 2.

<sup>50</sup> Santo Tomás, *Suma*, 3, 44, 1 ad 4.

<sup>51</sup> Santo Tomás, *Suma*, 1-2, 80, 2c.

<sup>52</sup> Ver Sola, 1973, pp. 383-413. La tormenta creada por un dios de la gentilidad, un poder maligno tiene antecedentes clásicos como Homero, Virgilio, Lucano, Tasso, Aristo, *La Chanson de Roland*...

<sup>53</sup> Santo Tomás, *Suma*, 1, 114, 4 ad 2; 3, 29, 1 ad 3.

<sup>54</sup> Quevedo, *La constancia y paciencia del Santo Job*, p. 991. Ver *Política de Dios*, 2, cap. 2, p. 156: «[Cristo] no venía a perder y destruir que es el oficio del demonio. [...] Perder y destruir es de espíritu del demonio, no del espíritu del rey»

<sup>55</sup> Ver Quevedo, *Virtud militante*, p. 140.

<sup>56</sup> El pecado del primer hombre fue la soberbia que le llevó a desobedecer los mandatos de Dios como explica Santo Tomás, *Suma*, 2-2, 105, 2 ad 3. El hombre

No hay cosa que más persuada a la soberbia que la mayoría de ser el primero. El mayor de los ángeles cayó y el primero de los hombres<sup>57</sup>.

Y la destrucción y la muerte son las únicas consecuencias del acto soberbio:

Dice el soberbio que nadie es como él, que él es como Dios, que él solo lo es todo; dice la muerte que miente, que él es vil gusano, que por querer ser como Dios, es demonio, que todo lo que es, es solamente ceniza y pecado y ruinas y escándalo<sup>58</sup>.

El demonio pretende destruir el orden establecido por Dios y crear una enorme confusión para desesperar al hombre. En este caos, crecerá la injusticia como explica en la *Política de Dios* cuando compara la piscina de Bezata<sup>59</sup>, movidas sus aguas por el ángel sanador, con la república revuelta por las maquinaciones del demonio:

Pues si en la piscina que revolvió un ángel que bajaba del cielo, había este desorden, ¿qué habrá en la del gobierno y los cargos y mercedes que las más veces las revuelve Satanás y las más veces las revuelven los hombres, o son ministros los diablos, que por otro nombre se llaman los ambiciosos, los soberbios y los tiranos?<sup>60</sup>

Construyéndose entonces un mundo al revés<sup>61</sup>, un desorden diabólico donde los reyes seguirán a sus criados y estos gobernarán el país<sup>62</sup>. Este gobierno, se caracterizará por la injusticia y la

---

y el demonio pecaron de la misma manera, porque desearon ser como Dios desordenadamente. Según Santo Tomás *Suma*, 2-2, 162, 4 ad 3, la actitud de la naturaleza humana pertenece a la soberbia de cuarta especie en cuanto que se aspira con presunción a lo que supera sus facultades.

<sup>57</sup> Quevedo, *Virtud militante*, p. 160.

<sup>58</sup> Quevedo, *Virtud militante*, p. 161. Otros textos son Quevedo, *Virtud militante*, pp. 162-63: «[el soberbio] quiere ser cielo siendo infierno, serafín y gusano, humo y sol, Dios y demonio»; p. 163: «Condenado blasón es nacer en el ángel, para ser demonio; descender del cielo para poblar los infiernos. No son buenos antepasados serafines que hoy desde entonces son verdugos condenados a los tormentos eternos y a atormentar»; p. 163-64: «Pues si de los ángeles hizo la soberbia demonios, ¿qué no hará de los hombres que de ella se dejan poseer?».

<sup>59</sup> Ver *Juan*, 5, 1-9.

<sup>60</sup> Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 18, p. 109.

<sup>61</sup> Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 18, pp. 109-10: «Para saber si gobierna Satanás una república, no hay otra señal más cierta que ver si los menesterosos andan buscando el remedio sin atinar con la entrada a los príncipes».

<sup>62</sup> Ver Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 20, p. 114: «gran diferencia de criados buenos de Cristo a criados de Satanás y de sus tiranos; todos lo dicen y hacen al revés: dirán a sus reyes: veis aquí que lo hemos tomado todo y héchote que nos sigas y andes tras nosotros arrastrando».

desmesura<sup>63</sup> como demuestra la historia de la humanidad reflejada en la Biblia, llena de fracasos, asesinatos, infidelidades y soberbias<sup>64</sup>.

En definitiva, el demonio conseguirá crear un nuevo infierno en la tierra caracterizado por el desorden y la destrucción, porque la principal característica del infierno es el desorden:

De aquí se sigue que son premiados los que infaman sus nombres siguiendo sus dictámenes. De que se origina desorden infernal y peor: pues en el infierno, donde no hay orden, a ninguno que sea bueno se da castigo, ni a ninguno que sea malo se le deja de dar: y en esta se dan los castigos a los méritos y los premios a los delitos<sup>65</sup>.

Pero la destrucción también puede ser física y material como las horribles llagas que causa Satanás en Job o la destrucción de su hacienda y muerte de sus hijos, como expresa *La constancia y paciencia del Santo Job*:

Mas luego que Satanás amotinó con pestilencial plaga todos los humores discordes contra la paz de su salud, extendiendo las llagas por toda su estatura y desapareciéndole el semblante de hombre, derramó en podre sus entrañas, hecho alimento y manantial de gusanos; no solo desfigurado de vivo, no solo con señas de muerto y cuerpo enterrado, sino reducido a las sobras que del cadáver deja con hastío la hambre de la tierra<sup>66</sup>.

<sup>63</sup> Ver *Política de Dios*, 2, cap. 20, p. 263: «Aconsejan los instrumentos de Satanás que por un leve descuido quiten el oficio y el crédito a uno; quejase y dícnle con enojo que agradezca a la suma paciencia del rey el haberle sufrido sin hacerle morir en una prisión; préndenle y dícnle que agradezca no haberle hecho quitar la vida; hácnle morir, lloran los hijos, dicen que fue paciencia no degollarlos con el padre. ¿Quién creerá esto, sino el que lo mandare hacer? Porque el demonio que lo aconseja, porque conoce lo que es, lo aconseja. El no hace sino poner nombres: a la soberbia llama grandeza, a la envidia atención y al robo ganancia y a la avaricia prudencia y a la mentira gracia y a la venganza castigo; y por el contrario, a la humildad vileza, a la pobreza infamia, al desinterés descuido, a la verdad locura, a la clemencia flojedad».

<sup>64</sup> Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 1, p. 43; 2, cap. 6, 172-73. El texto más claro de manipulación de la historia del hombre por el demonio está en *Providencia de Dios*, p. 1058, donde explica que el demonio crea el desorden con su desobediencia, provoca la caída del hombre causando ruptura del orden natural, confunde a los idólatras creando dioses y después de la venida de Cristo crea la herejía para destruir el reino de Dios. No lo cito por la longitud del texto.

<sup>65</sup> Ver Quevedo, *Política de Dios*, 2, cap. 76, p. 179. El infierno es el reino del desorden como describe en el *Discurso de todos los diablos*, p. 203: «y con ser la casa de suyo confusa, revuelta y desesperada y donde *nullus est ordo*, los demonios no se conocían ni se podían averiguar consigo mismo [...] Lucifer daba gritos y andaba por todas partes pidiendo minutas y juntando cartapeles. Todo estaba mezclado, unos andaban tras otros, nadie atendía a su oficio, todos atónitos».

<sup>66</sup> Ver Quevedo, *La constancia y paciencia del Santo Job*, pp. 1043-44 y ver también p. 1037, donde explica que Satanás toca con su mano a Job.

Vemos en este ejemplo como el desorden diabólico trastorna el orden sano de los humores de Job. El daño físico puede alcanzar a todos aquellos que, ingenuos, se atrevan a imitar a los apóstoles<sup>67</sup>. Pero además el demonio intenta destruir las haciendas y los reinos como ejemplifica en la *Política de Dios* el pasaje de *Marcos*, 5, 1-20, donde Jesús expulsa una legión de demonios de un hombre y les permite entrar en una piara de cerdos:

Piden que los deje entrar en el ganado, permíteselo; ellos los pidieron por hacer aquel mal de camino al dueño del ganado. El rey Cristo les dio licencia que al demonio le ha concedido fácilmente cuando se la ha pedido para destruir las haciendas y bienes temporales, que antes es la mitad diligencia para el arrepentimiento y recuerdo de Dios: así en Job largamente le permitió extendiéndose su mano Satanás sobre todos sus bienes; quería avivar la valentía de aquel espíritu tan esforzado y a esta causa no rehusa Dios dar esta permisión al infierno, pues es hacer los instrumentos del desembarazo del conocimiento propio, y en esta parte es elocuente la persecución y pocas almas hay sordas a la pérdida de los bienes<sup>68</sup>.

Dios castiga al hombre por sus pecados y uno de sus medios es la utilización del demonio para causarle la desdicha y la destrucción<sup>69</sup>.

Para alcanzar la destrucción del hombre, su condenación, el demonio utilizará también la verdad, aunque sea conocido como el padre de la mentira<sup>70</sup>, apelativo que aparecerá en muchas ocasiones. En el *Alguacil endemoniado*, el demonio predica la verdad para hacer mal a los hombres:

<sup>67</sup> Ver Quevedo, *La caída para levantarse*, p. 1125: «Eran los que hacían esto siete judíos, hijos de Sceva, príncipe de sacerdotes, a quienes, después de haber respondido el demonio: “Conozco a Jesús, sé quién es Pablo, vosotros ¿quién sois?”, embistiendo con ellos el espíritu condenado que tiranizaba aquel cuerpo, apoderándose de ellos y vencéndolos en su furia, los obligó a que desnudos y heridos, saliesen huyendo de la casa donde estaba. [...] Justísimo procedimiento de la providencia de Dios es permitir que los mismos demonios de que se valen para su maldad, se la descubran y castiguen, obligándoles a huir con vergüenza de los que buscaron sin ella»

<sup>68</sup> Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 3, p. 55. Incluso, los malos validos pueden causar la destrucción del reino, como expresa en *Política de Dios*, 2, cap. 3, p. 161: «Los tiranos que ha habido, los demonios políticos que ha poblado de infierno las repúblicas han acostumbrado a los príncipes a no comer nada sin comerlo con vasallos. Todo lo guisan con sangre de pueblos: hacen las repúblicas pan, que necesariamente acompaña todas las viandas»

<sup>69</sup> Idea muy común en la época como anotan los editores de la *Execración a los judíos*, p. 6. La base de esta idea de Dios como azote también puede estar en también en *Hebreos*, 12, 5-7: «Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor, ni te desanimes cuando él te reprenda; porque el Señor corrige al que ama y azota a todo aquel que reconoce como hijo. Lo que sufrís sirve para vuestra corrección».

<sup>70</sup> Ver Arellano, 2000, p. 72, para la relación con *Juan*, 4, 44, y diversos textos.

Cuando el demonio predica, el mundo se acaba. ¿Pues cómo, siendo tú padre de la mentira —dijo Calabrés— dices cosas que basta a convertir a una piedra? —¿Cómo? —respondió—; por haceros mal y que no podáis decir que faltó quien os lo dijese. Y adviértase que en vuestros ojos veo lágrimas de tristeza y pocas de arrepentimiento, y de las más se deben las gracias al pecado que os harta y os cansa<sup>71</sup>.

Pero no siempre utiliza la verdad más pura, porque en ocasiones manipula esa verdad astutamente para poder engañar mejor<sup>72</sup>. La ira de este demonio destructivo no acaba con la muerte, ya que el hombre se lo vuelve a encontrar en el juicio actuando como fiscal acusador<sup>73</sup>. Esta función que realiza el demonio deriva de las características del personaje en el Antiguo Testamento, donde Satán es un hijo de Dios cuya misión es recorrer la tierra y enterarse de todo lo malo que hacen los hombres para contárselo a Yahvé. Satán, entonces, ya haría una función de fiscal de la creación y por eso su nombre significa el ‘adversario’. Sin embargo, empezará a cumplir su misión con un exceso de celo y no sólo vigilará al hombre sino que le incitará al pecado<sup>74</sup>. Una descripción de ese juicio aparece en el *Sueño del juicio final*, donde los ángeles custodios defienden a los reos, mientras los demonios aportan pruebas para conseguir la condenación de los hombres:

<sup>71</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 168. Incluso en el *Sueño del infierno*, los demonios torturan a los condenados al infierno con la verdad, como cuando se burlan de los dos hidalguillos presuntuosos: «Toda la sangre, hidalguillo, es colorada» (p. 198).

<sup>72</sup> Ver Quevedo, *Política de Dios*, 1, cap. 3, p. 53: «Estos delinquentes, viendo venir Cristo, dieron a tierra con sus cuerpos que poseían, en manera de adoración; pronunciaron palabras de su gloria: “Jesús, hijo de Dios (confesión que tanto ennobleció la boca del primero de los apóstoles) ¿por qué viniste aquí antes de tiempo a atormentarnos?”. Estos no confiesan verdad, aunque sea para apadrinar su ruego que no acompañen con blasfemia. El padre de la mentira desquitó la verdad de llamarle Hijo de Dios, con decir que venía antes de tiempo; propio pecado de la insolencia de su intención desmentir en la cara de Cristo todos los profetas y a los decretos de su Padre». También en *Política de Dios*, 2, cap. 2, p. 156, y 2, cap. 16, p. 231, para este mismo pasaje. En *La caída para levantarse*, p. 1121, donde comenta los *Hechos de los apóstoles*, 16, 16-24.

<sup>73</sup> La imagen del demonio-fiscal acusador es común en la literatura. Ver Crawford, 1910, pp. 377 y ss., donde cita ejemplos de ese demonio acusador. Ver también Fothergill-Payne, 1977, pp. 57 y ss., donde explica que uno de los esquemas que siguen los autos anteriores a Calderón es el de juicio al hombre; sobre el demonio fiscal, ver pp. 121-22, entre otras.

<sup>74</sup> Ver Busto Saiz, 2002, p. 24. Ver en el Antiguo Testamento *Job*, 1, 6-7: «Un día que los hijos de Dios fueron a presentarse ante Yahvé, fue también entre ellos Satán. Y preguntó Yahvé a Satán: “¿De dónde vienes?”. Satán respondió a Yahvé: “De recorrer la tierra y pasearme por ella”. *Zacarías*, 3, 1: «Y me hizo ver a Josué, el sumo sacerdote que estaba delante del ángel de Yahvé, mientras que Satán estaba a la derecha para acusarle».

Andaban los ángeles custodios mostrando en sus pasos y colores las cuentas que tenía que dar de sus encomendados, y los demonios repasando sus tachas y procesos; al fin todos los defensores estaban de la parte de adentro y los acusadores de la de afuera<sup>75</sup>.

En *La cuna y la sepultura*, el narrador prepara al lector para una buena muerte, y, sobre todo, para contestar acertadamente las acusaciones que el demonio le hará en el tribunal del final de la vida:

Si dijere [el demonio]: «¡Hombre!, ¿qué esperas salvarte, concebido en pecado? Y tú pecador gravísimo en tribunal de Dios, cuya justicia halló mancha en los ángeles, a quien nada es oculto, ante quien tiemblan las potestades y los serafines, ¿no te contentas con ser pecador, sino que añades tal insolencia como entrar en juicio con aquel a quien David decía que no entrase con él en juicio?»<sup>76</sup>.

En definitiva, este demonio destructor es una de las imágenes más comunes, como se ha visto por los ejemplos, manifestándose en características como la imagen de fiscal de un juicio o la utilización de la verdad para poder dañar al hombre.

#### 4. EL DEMONIO BURLESCO

Para Maxime Chevalier<sup>77</sup>, la imagen del demonio aterrador que muestran los predicadores no responde a la única imagen que los españoles tenían de este personaje. Existía otra mucho más familiar, más cercana que frecuentaba las tablas de los corrales de comedias, sobre todo en las comedias de santos. Esta imagen de un demonio cercano, familiar y hasta simpático lo cree ver Julio Caro Baroja en fachadas de catedrales góticas, con sus garras, alas, cuernos y picos más decorativos que amenazantes, en tablas aragonesas y catalanas de alrededor de 1450 o en la pintura del Bosco<sup>78</sup>.

Chevalier explica que una de las claves en la desdramatización del demonio está en su representación física, elemento que se da en Quevedo de una manera notable. Pero además la presencia de la risa en el infierno ayuda a aligerar este personaje. En el *Tribunal de la justa venganza*, los autores se quejan de la manera en la que Quevedo representa los demonios:

<sup>75</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 106.

<sup>76</sup> Quevedo, *La cuna y la sepultura*, p. 118.

<sup>77</sup> Chevalier, 1986. Este personaje cómico ya aparece en los primeros autos sacramentales, como señala Crawford, 1910, p. 382-83, donde en el *Auto de la resurrección de Nuestro Señor*, es toreado en el juego de las hoces por los apóstoles.

<sup>78</sup> Caro Baroja, 1966. Ver también sobre este aspecto Flores Arroyuelo, 1985, pp. 46 y ss. Para ver estas representaciones del demonio como dragón, con cuernos, cola y garras, ver Crawford, 1910, pp. 309-10.



con su acostumbrada bufonería, con que tiene enfadado al mundo, usando della en todas las conversaciones y escritos (aunque es verdad que como él no supo ni sabe otra cosa, usa de lo que sabe), hace a unos demonios mal barbados<sup>79</sup>.

Y un poco más adelante critican la presencia de la risa en el infierno:

Con mayor exceso es culpado don Francisco de Quevedo por lo que dice en folios 35, 38 [de *El Sueño del Infierno*], que en el infierno dan los condenados carcajadas de risa y que los demonios se ríen. [...] Este delito ha cometido don Francisco de Quevedo [...] queriendo quitar el temor que las sagradas letras y sus evangelizantes con toda verdad ponen a los fieles para que, siguiendo la virtud, se libren de tan miserable lugar como en el que están y estarán eternamente los condenados; y podría seguirse que alguna parte del vulgo (no sólo el rústico, sino alguna parte de los de capa negra) crédulo a semejantes desatinos, le pareciese que donde se ríen, que es demostración significativa del interior contento, se podría ir sin miedo, y que no es tan mala morada como se encarece<sup>80</sup>.

Hay que tener en cuenta que en este apartado del demonio burlesco, nos encontramos con la descripción y representación física de una serie de demonios que no aparecen en otras obras. La figura del demonio ha sufrido una enorme evolución a lo largo de los siglos como explica Jeffrey Burton Russell. El demonio era el ángel más bello de la creación. Para San Gregorio Magno, el demonio era un querubín, el más alto de los ángeles y podía haber permanecido así si no hubiese pecado, característica que aparece también en San Isidoro, para quien el demonio antes de la caída era el señor de todos los ángeles<sup>81</sup>. Sin embargo, las consecuencias del pecado no solo afectaron a su jerarquía y a su situación en la creación, sino que también tuvo consecuencias en su aspecto físico. San Gregorio Magno explicaba que antes del pecado los demonios eran seres celestiales, pero después quedaron reducidos a cuerpos hechos de aire más bajo y cenagoso. Al estar formados por aire denso y bajo, cercano a la tierra, este los aprisiona<sup>82</sup>. La representación del demonio como un ser humano o con rasgos humanoides comienza en siglo VI y domina desde el IX hasta el XI con diferentes formas: anciano, gigante, como un ser fuerte y desnudo con pezuñas y cola<sup>83</sup>. Aunque hasta el siglo XII se le representaba con alas de plumas, a partir de este siglo aparecerá con

<sup>79</sup> Cito de Iffland, 2004, p. 146.

<sup>80</sup> Cito de Iffland, 2004, p. 158.

<sup>81</sup> Russell, 1984, pp. 102-104.

<sup>82</sup> Russell, 1984, pp. 107-108.

<sup>83</sup> Russell, 1984, pp. 144-45.

alas de murciélago y se desarrollarán otras características físicas como el estar cubierto de pelo liso y oscuro (aunque también hay representaciones en el que se nos muestra con pelo rizado o serpentino, semejante a las llamas del infierno) ojos relumbrantes, bocas en rictus y narices largas y ganchudas: en las narices hay una identificación con el pueblo judío. También podían aparecer con un halo que representaba su poder, cuernos, colas, etc.<sup>84</sup>. En el teatro medieval europeo, la tendencia hacia el demonio cómico aparece ya en el siglo XII, bajo la influencia del folclore y de las representaciones de mimos, juglares y máscaras. De esta forma, el demonio se domestica y su derrota provocaba un mayor descanso emocional<sup>85</sup>. En el folclore europeo es frecuente que aparezca deforme y monstruoso: es cojo por la caída del cielo, con las rodillas torcidas y con caras en las nalgas o en el vientre<sup>86</sup>.

En el texto del *Alguacil endemoniado*, el demonio que padece dentro del alguacil ya se queja de la manera en que los humanos representamos a los seres diabólicos:

Mas dejando estos, os quiero decir que estamos muy sentidos de los potajes que hacéis de nosotros, pintándonos con garra sin ser aguilucho; con colas, siendo diablos rabones; con cuernos, no siendo casados; y mal barbados siempre, habiendo diablos de nosotros que podemos ser ermitaños y corregidores<sup>87</sup>.

Pero en el *Sueño del infierno* es donde con más precisión se nos describen, caracterizándose por el color negro y por la fealdad:

Riéronse todos [del maestro de esgrima], y un oficial algo moreno le preguntó que nuevas tenía de su alma<sup>88</sup>.

Tras estos están los que se enamoran de viejas, con cadenas; que los diablos, de hombres de tan mal gusto, aún no pensamos que estamos seguros, y si no estuviesen con prisiones Barrabás aún no tendría bien guardadas las asentaderas dellos, y tales como somos les parecemos blancos y rubios<sup>89</sup>.

El libro de Francisco Flores Arroyuelo describe distintos aspectos y formas que adoptaba el demonio para aparecerse a los españoles contemporáneos de Quevedo. Dejando otras formas como las del gato negro, las del macho cabrío y figuras

<sup>84</sup> Russell, 1984, pp. 145-47.

<sup>85</sup> Russell, 1984, pp. 294-95.

<sup>86</sup> Russell, 1984, p. 74.

<sup>87</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 155.

<sup>88</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 112.

<sup>89</sup> Quevedo, *Los sueños*, p. 155. Para ver otras manifestaciones del demonio como negro en las primeras manifestaciones de los autos sacramentales, ver Crawford, 1910, p. 308-309.

monstuosas, el demonio adopta formas humanas un tanto exageradas, como explica Martín del Río:

Los demonios se manifiestan en cuerpos humanos negros, mugrientos, hediondos y tremendos, o por lo menos en cuerpos de rostro oscuro, moreno y pintarrajeado, de nariz deformadamente rajada, de ojos hundidos, chispeantes, de manos y pies ganchudos como de buitre, de brazos y muslos delgados y llenos de pelo, de piernas de burro o de cabra, de pies de cuerno algunas veces rajado y algunas veces sólido, y por último de estatura y proporciones del cuerpo siempre demasiado grandes o demasiado pequeñas y contrahechas<sup>90</sup>.

La primera vez que aparece el demonio pintado de color negro es en el *Salterio* de Stuttgart, del siglo IX. Este color negro será el característico del demonio a lo largo de toda la Edad Media, aunque también podía aparecer con un color azul oscuro o violeta. De esta forma se representaba el aire inferior, oscuro y denso en el que se había convertido, a diferencia de los ángeles obedientes que se representan, en un principio, con el color rojo, símbolo del fuego etéreo y de su contacto con Dios. A veces se le mostraba con el color pardo o gris pálido, color de la enfermedad y la muerte. Solo en el arte medieval posterior se le dibuja con el color rojo, que es el color de la sangre y de las llamas del infierno<sup>91</sup>.

Quevedo también contrahace estas figuras exagerando rasgos desagradables y grotescos para convertirlos en figuras. Se exagera la fealdad de los demonios:

dando lugar unas damas alcorzadas que comenzaron a hacer melindres de las malas figuras de los demonios<sup>92</sup>.

Y en las descripciones físicas se extreman los defectos: la cojera, jorobas, calvicies, suciedades, grietas, sabañones, los cuernos...

Salió de un lugar donde estaba aposentado un diablo de marca mayor, corcovado, cojo<sup>93</sup>.

Dijo un diablo lleno de cazcarrias, romo y calvo<sup>94</sup>.

Un demonio mulato y zurdo<sup>95</sup>.

<sup>90</sup> Cito por Flores Arroyuelo, 1985, p. 41.

<sup>91</sup> Ver Russell, 1984, p. 147.

<sup>92</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, pp. 129-30

<sup>93</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 184.

<sup>94</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 187.

<sup>95</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 189.

salió a responder un diablo zambo, con espolones y grietas, lleno de sabañones<sup>96</sup>.

Pregunté a un mulato, que a puros cuernos tenían hecha espetera la frente, que dónde estaban los sodomitas, las viejas y los cornudos<sup>97</sup>.

Quevedo crea figuras diabólicas ridículas que imitan otras figuras humanas también criticadas en sus obras burlescas como el calvo, el cornudo y cualquier otro defecto físico degradante como la cojera o los sabañones<sup>98</sup>.

El culmen de esta degradación llega cuando hace víctimas a los demonios de los vicios de los humanos. El infierno quevediano es un mundo al revés donde los propios demonios deben defenderse para no ser sodomizados:

De los sodomitas y viejas, no solo no sabemos dellos, pero ni querríamos saber que supiesen de nosotros, que en ellos peligran nuestras asentaderas, y los diablos por eso traemos colas, porque como ellos están acá, hemos menestrer mosqueador de los rabos<sup>99</sup>.

Esta burla del demonio afecta incluso a la manera de representarlo en el teatro. En el *Sueño de la Muerte* la mujer del poeta critica la manera de simbolizar este personaje:

¿es posible que siempre en los autos de Corpus ha de entrar el diablo con grande brío, hablando a voces, gritos y patadas, y con un brío que parece que todo el teatro es suyo y poco para hacer su papel, como quien dice ¡Huela la casa al diablo! y Cristo muy encogido, que parece que apenas echa la habla por la boca? Por vida mía que hagáis un auto donde el diablo no diga esta boca es mía, y pues tiene por qué callar, no hable; y que hable Cristo, pues puede y tiene razón, y enójese en un auto, que aunque es la misma paciencia, tal vez se indignó y tomó azote y trastornó mesas y tiendas y cátedras y hizo ruido. [...] Hícele que, pues podía decir “Padre eterno”, no dijese “Padre eternal”, ni Satán sino Satanás, que aquellas palabras eran buenas cuando el diablo entra diciendo “bu, bu, bu” y se sale como cohete<sup>100</sup>.

<sup>96</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 190.

<sup>97</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 207.

<sup>98</sup> Ver Arellano, 2003, pp. 72-79, donde estudia lo escatológico y pp. 98-103, donde estudia las figuras.

<sup>99</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 207.

<sup>100</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 390. Ver también Quevedo, *Discurso de todos los diablos*, p. 208, donde a un demonio que pierde el tiempo con unos mercaderes, gente que se condena sola, se le cambia el destino: «Lleva ese demonio y pupilo de algún juez, donde aprenda a condenar; que este se debe de haber alquilado en los autos para diablo».

## 5. FIGURAS DIABÓLICAS

A lo largo de la obra de don Francisco encontramos a una serie de personajes que comparten, de un modo serio o festivo, alguna de las cualidades de los demonios. Creo que se puede establecer tres grandes grupos: la sátira burlesca en general, los herejes y los judíos.

5.1. *Sátira burlesca*

En el terreno burlesco es muy común identificar al demonio o alguna de sus cualidades con distintos personajes criticados. Uno de estos terrenos es la sátira de los oficios<sup>101</sup>, y dentro de ellos uno de los más criticados es el del alguacil<sup>102</sup>, al que dedicó el *Alguacil endemoniado*. El demonio hablador llega a rogar por el éxito del exorcismo, ya que sufre en el cuerpo del endemoniado, además de ser una afrenta para él:

Y ten lástima de mí y sácame del cuerpo deste alguacil, que soy demonio de prendas y claridad, y perderé dempués mucho en el infierno por haber estado acá con malas compañías<sup>103</sup>.

Puestos a encontrar diferencias entre los alguaciles y los demonios, los primeros superan a los diablos en maldad:

¿Quién podrá negar que demonios y alguaciles no tenemos un mismo oficio, pues bien mirado nosotros procuramos condenar y los alguaciles también; nosotros que haya vicios y pecados en el mundo y los alguaciles lo desean y procuran con más ahínco, porque ellos lo han menester para su sustento y nosotros para nuestra compañía. Y es mucho más de culpar este oficio en los alguaciles que en nosotros, pues ellos hacen mal a hombres como ellos y a los de su género, y nosotros no, que somos ángeles, aunque sin gracia. Fuera desto, los demonios lo fuimos por querer ser más que Dios y los alguaciles son alguaciles por querer ser menos que todos. Así que por demás te cansas, padre, en poner reliquias a este, pues no hay santo que si entra en sus manos no quede para ellas. Persuádetes a que el alguacil y nosotros somos todos de una orden, sino que los alguaciles son diablos calzados y nosotros diablos recoletos, que hacemos áspera vida en el infierno?<sup>104</sup>.

<sup>101</sup> Ver Arellano, 2003, pp. 79 y ss.

<sup>102</sup> Arellano, 2003, pp. 80-84.

<sup>103</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 146.

<sup>104</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 144. Ver también *El mundo por de dentro*, en *Sueños*, p. 296: «Y renegad de oficio que tiene situados sus gajes donde los tiene situados Bercebú».

Los demonios llegan a temer por su continuidad laboral si entran muchos alguaciles en el infierno, ya que serán despedidos por mano de obra mucho más eficaz:

tememos que han de venir [los alguaciles] a hacer que sobremos nosotros para lo que es materia de condenar almas, y que se nos han de levantar con el oficio de demonios, y que ha de venir Lucifer a ahorrarse de diablos y despedirnos a nosotros por recibirlos a ellos<sup>105</sup>.

Otro oficio que comparte las características diabólicas son los mercaderes:

Mas, ¿quién duda que la obscuridad de sus tiendas les prometía estas tinieblas? Gente es esta —dijo al cabo muy enojado— que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida, mas el que todo lo ve los trajo de sus rasos a estos nublados que los atormenten con rayos<sup>106</sup>.

La identificación en este ejemplo es clara pues al demonio se le denomina el «príncipe de las tinieblas» y las tinieblas es una de las características del infierno. La soberbia de estos mercaderes hace que la identificación sea completa, ya que no respetan las medidas para obtener más beneficios. No pueden faltar a esta identificación los médicos, boticarios y barberos<sup>107</sup>. El mérido Matatías tiene un pacto diabólico con el boticario según confiesa su mula:

Como con el diablo, tiene  
con el boticario hecho  
pacto explícito de purgas,  
y le llaman Vaderretro<sup>108</sup>.

En *El sueño de la Muerte*, los médicos y los boticarios se identifican con los demonios:

sus tiendas son purgatorios [la de los boticarios] y ellos los infiernos, los enfermos los condenados y los médicos los diablos; y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andas tras los malos y huyen

<sup>105</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 227; Ver *PO*, núm. 697, vv. 49-60: «y hoy, si alguno ha de vestirse, / le desnudan dos primero: / el mercader de quien compra / y el sastre que ha de coserlo, / [...] / Sin duda inventó las calzas / algún diablo del infierno, / pues un cristiano atacado / ya no queda de provecho».

<sup>106</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 196. Ver *PO*, núm. 668, vv. 18-19: «que hurte con la medida, / sin tenerla en el hurtar» y núm. 750, vv. 69-72, en la que un gato de un mercader describe a su dueño: «Y por la vara en que mide, / ha venido a trepar tanto / que se ha subido a las nubes, / para que lo lleve el diablo». Ver también *El discurso de todos los diablos*, p. 208, donde explica que los mercaderes se condenan solos.

<sup>107</sup> Arellano, 2003, pp. 84-88.

<sup>108</sup> *PO*, núm. 735, vv. 45-48.

de los buenos, y todos su fin es que los buenos sean malos y que los malos no sean buenos jamás<sup>109</sup>.

Otro ejemplo de figura diabólica es la bruja<sup>110</sup>. La bruja era dueña de una sabiduría maléfica transmitida por el demonio. Este conocía las virtudes más secretas de los animales y de las plantas y se las comunicaba, por lo que la mujer, ser débil e inconstante, era una puerta para la influencia del mal en el mundo<sup>111</sup>. En Quevedo, aparece en la madre del Pablos, especialmente cuando puede llegar a la cárcel por la chimenea para sacar a su marido:

¿Cómo a mí sustentado? —dijo ella con grande cólera. Yo os he sustentado a vos, y sacádoos de las cárceles con industria y mantenídoos en ellas con dinero. Si no confesáades, ¿era por vuestro ánimo o por las bebidas que yo os daba? ¡Gracias a mis botes! Y si no temiera que me había de oír en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado<sup>112</sup>.

Hay dos sonetos burlescos en los que se nos presenta el mundo de las brujas. El soneto número 541<sup>113</sup> describe el testamento de una bruja que deja sus instrumentos a su nieta y el soneto número 598<sup>114</sup>, donde hay una referencia al *sabbat* o aquelarre en los siguientes versos:

Estos los güesos son de aquella vieja  
que dio a los hombres en la bolsa guerra  
y paz a los cabrones en el rabo<sup>115</sup>.

<sup>109</sup> Quevedo, *Los sueños*, ed. Arellano, p. 316.

<sup>110</sup> Arellano, 2003, pp. 53-54. Dentro de la sátira de la mujer, la vieja y la bruja comparten muchas características. En el *Sueño de la Muerte*, p. 395, Garibay identifica a la mujer fea con el demonio: «Cuando yo viví [Garibay] en el mundo me quiso una mujer calva y chica, gorda y fea, melindrosa y sucia, con otra docena de faltas: si esto no es querer el diablo, no sé qué es el diablo, pues veo según esto que me quiso por poderes».

<sup>111</sup> Flores Arroyuelo, 1985, pp. 115 y ss.

<sup>112</sup> Ver Flores Arroyuelo, 1985, pp. 72 y ss., para el traslado satánico, especialmente y pp. 77 y ss., para los ungüentos y bebedizos alucinógenos que se atribuían a las brujas. Ver el *Buscón*, ed. Arellano, pp. 110-11: «De vuestra madre, aunque está viva ahora, casi os puedo decir lo mismo, porque está presa en la inquisición de Toledo, porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora. Halláronla en su casa más piernas, brazos y cabezas que en una capilla de milagros». Flores Arroyuelo, 1985, trae diferente documentación en la que se detalla la necrofilia de las brujas y otros detalles escabrosos, aunque no le da una explicación detallada.

<sup>113</sup> Ver Arellano, 2003, pp. 53-54.

<sup>114</sup> Comentado por Arellano, 2003, pp. 549-50.

<sup>115</sup> Para la descripción de las reuniones de brujas ver Flores Arroyuelo, 1985, pp. 90-114.

La mujer, en general, es un personaje muy común en el poesía satírica relacionado con el demonio<sup>116</sup>. Pero también es común la identificación en abogados, viejos teñidos, escribanos...

### 5.2. *El demonio y la herejía*

Un problema interesante es la influencia que las herejías han tenido en la doctrina católica sobre el demonio. El contacto con los movimientos heréticos, especialmente desde el siglo XI, obligó a afinar la argumentación teológica para precisar detalles que de otra manera no hubieran importado a nadie. El dualismo se reaviva a partir de 1140 por medio del catarismo y el bogomilismo. Los cátaros fueron los más peligrosos y no se acabó con ellos más que por medio de la cruzada y la inquisición, dándose la réplica católica en el IV Concilio de Letrán de 1215, condenado la opinión de los cátaros que afirmaban que el Dios del Antiguo testamento era en realidad el demonio y que el del Nuevo testamento era el Dios verdadero<sup>117</sup>.

En el apartado anterior del demonio destructor, se veía como el demonio era un fuerza maligna capaz de destruir el orden establecido y crear un mundo al revés desordenado semejante al infierno. El demonio desordena la historia salvífica del hombre para evitar su salvación<sup>118</sup> y entonces introduce distintos errores que alejan al hombre de su encuentro con Dios. Es el responsable de la introducción de la idolatría en el mundo, por lo que los dioses adorados no son más que demonios que ansían la adoración humana. En *La caída para levantarse*:

dicen que el uno es Júpiter y el otro Mercurio [de San Pablo y Silas]: como estos eran demonios y el compararlos con ellos oprobio, despreciáronle<sup>119</sup>.

Después de la venida de Cristo e instaurado de nuevo el orden del Dios creador mediante su muerte justificadora, el demonio

<sup>116</sup> *PO*, núm. 662, v. 30, describe a una mujer tras el dinero; núm. 699, v. 42, califica a la suegra de infernal; 620, v. 60, identifica a la mujer flaca con el diablo y la siguiente estrofa explica que entra en su casa volando, clara alusión a su carácter de bruja; núm. 641, v. 135, donde la bruja es enseñada por el diablo en astrología y anda por los cementerios a horas inusuales; núm. 738, v. 3, donde explica que las dueñas son un relago infernal; núm. 748, v. 83, cuyo título es: «Pintura de la mujer de un abogado /abogada ella del demonio»;

<sup>117</sup> Russell, 1984, pp. 207 y ss.

<sup>118</sup> Ver *Providencia de Dios*, 1058, mencionado antes, como ejemplo claro de la actividad demoniaca.

<sup>119</sup> Ver Quevedo, *La caída para levantarse*, p. 1110. En *Providencia de Dios*, p. 1076: «[Los discípulos dicen] A los idólatras que sus dioses eran demonios y sus simulacros infames y sus templos abominación y todos los que los adoraban bestialmente sacrilegos». Esta idea se puede estudiar en Sez nec, ¿????.



encuentra la manera de introducir el desorden por medio de la herejía. El demonio es el primer hereje de la historia, como explica en la *Virtud militante*:

La Soberbia fue fundadora de los primeros herejes y los primeros herejes fueron los ángeles soberbios<sup>120</sup>.

Entre los personajes diabólicos relacionados con doctrinas condenatorias están Lutero<sup>121</sup> y Mahoma, sobre todo en los *Sueños*, como figuras burlescas, pero no son los únicos textos en los que se señala la relación con el demonio<sup>122</sup>. Formando una tríada maldita con estos dos está Judas, el discípulo que entregó a Cristo después de la Última cena<sup>123</sup>. Judas aparece descrito en el infierno, compartiendo algunas características con el demonio como la envidia o siendo descrito como un demonio más, como aparece en la *Política de Dios* y en otros textos, sobre todo a partir de los evangelios que antes de la pasión explican que el demonio se había entrado dentro de Judas<sup>124</sup>:

<sup>120</sup> Quevedo, *La virtud militante*, p. 139. Todos los que se oponen a la herejía tienen de su parte a San Miguel: «Sepan todos los que como valientes católicos se opusieron a los herejes que tiene de su parte a San Miguel, que acabó en los primeros en Lucifer y su séquito, y acabará con los últimos en el Anticristo y sus secuaces».

<sup>121</sup> Para ver la relación del Lutero y el demonio en varios textos de la literatura española e hispanoamericana, ver Sola, 1973, pp. 331-81.

<sup>122</sup> Para Mahoma, podemos ver Quevedo, *Los sueños*, p. 122: «Digo verdad que vi a Judas tan cerca de atreverse a entrar en juicio, y a Mahoma y a Lutero, animados de ver salvar a un escribano, que me espanté que no lo hiciesen»; En *Los sueños*, p. 130, preguntan por Judas y todos quieren ser Judas. Ver *Los sueños*, p. 260: «Fui pasando por estos y llegué a una parte donde estaba uno solo arrinconado, y muy sucio con un zancajo menos y un chirlo por la cara, lleno de cencerros, ardiendo y blasfemando. —¿Quién eres tú —le pregunté—, que entre tantos malos eres el peor? —Yo —dijo él— soy Mahoma. [...] —Todo lo estoy pasando —dijo— mientras los malaventurados de africanos adoran el zancarrón o zancajo que aquí me falta»; en la *Providencia de Dios*, p. 1078: «Mahoma, el peor de los embusteros, negó que Cristo había padecido y muerto y afirma que en el prendimiento Dios se lo llevó al cielo. No lo niega con ignorancia, sino con diabólica malicia. Reconoció las hazañas de las afrentas y la valentía de los oprobios de la cruz y cuán infinitos eran los que se alistaban a la imitación suya por el martirio; y por desarmar su ley de las proezas de los trabajos, quiso cancelarlos el soberano ejemplar»; y en la *Constancia y paciencia del Santo Job*, p. 992, se describe a Mahoma como discípulo de los rabíes, grupo también diabólico: «Hasta Mahoma en el Alcorán, entre todos sus embustes, dicen que Adán, antes de Eva, tuvo otra mujer, que se llamó Lilit, y que preñada de él parió a los demonios; en que alude a la significación de Lilit, “noche y demonio y lamia y espanto”. Fue maldito discípulo de los rabíes»

<sup>123</sup> Ver Vidal, 1984, para el estudio de esta figura.

<sup>124</sup> Ver *Lucas*, 22, 3: «Entró Satanás en Judas, llamado Iscariote, que era del número de los doce» y *Juan*, 13, 27: «Después del bocado, en el mismo instante, entró en él Satanás».

Judas era diablo previniendo que la noche en que le instituiría, se le había de entrar Satanás en el corazón. La segunda que habiéndole elegido Cristo entre los doce apóstoles por uno de ellos, dijo que era el diablo<sup>125</sup>.

### 5.3. *El demonio y los judíos*

Por último, en los textos quevedianos la raza más diabólica es la judía, y son innumerables los textos en los que aparecen identificados o relacionados con las fuerzas diabólicas. Este carácter demoníaco de los judíos no es exclusivo de Quevedo, porque, como estudia Russell<sup>126</sup>, los judíos eran demonizados más a menudo que los musulmanes porque su presencia era más tangible en las ciudades de Europa occidental. A los judíos se les acusaba de secuestrar niños y asesinarlos<sup>127</sup>, profanar la Eucaristía o envenenar pozos. Se les criticaba por haber crucificado a Cristo y su actitud de no querer aceptarle como Mesías se consideraba una prueba de que Satán estaba en ellos y les endurecía el corazón.

En la *Execración contra los judíos*, estos son comparados con Behemoth y Levitán, Dios permite su existencia para que engendren al Anticristo y los compara con el demonio meridiano:

Que estas tres cosas son las que más se deben temer y los judíos son estas tres cosas: saeta que vuela de día, que es cuando hay luz para acertar y ofender; son negocio que camina en tinieblas para esconder los pasos y ocultar las zancadillas y los lazos; su caudal es demonio meridiano, tesoro de duende que, vulgarmente dicen, se vuelve carbón<sup>128</sup>.

Los pasajes pueden ser innumerables y en ellos se los identifica con el infierno, con la cizaña evangélica o tienen una inteligencia diabólica para hacer el mal.

### CONCLUSIÓN

A pesar de que el demonio es una presencia constante en la obra de Quevedo, la mayoría de las veces se haya limitado a una función o un perfil, que permite matizar, intensificar o resaltar diferentes pasajes. No he podido encontrar en sus páginas un es-

<sup>125</sup> Quevedo, *Política de Dios*, p. 181.

<sup>126</sup> Russell, 1984, p. 215. Ver también Russell, 1984, p. 216: «¿En que medida la diabolología cristiana fue responsable del maligno antisemitismo de finales de la Edad Media, el Renacimiento y la Reforma? Ha dado frutos amargos. Pero de no haber existido la idea del diablo, es probable que el curso del antisemitismo no hubiera sido distinto».

<sup>127</sup> Como en el cuento de Chaucer, «El cuento de la Priora», en *Cuentos de Canterbury*, ed. P. Guardia, pp. 394-98.

<sup>128</sup> Quevedo, *Execración*, p. 41.

tudio demonológico sistemático, sino que la inmensa mayoría de las referencias son breves y hacen relación a aspectos muy conocidos del demonio: su rebeldía, la tentación a los hombres y su poder destructivo. Estas tres características no son compartimentos estancos entre los que no puede haber relaciones: primero porque se trata de un personaje que teológicamente posee estas características y segundo porque los ejemplos son tan numerosos que en muchos casos es muy difícil juzgar cuál es el rasgo que domina: un demonio tentador es también un demonio destructor, porque intenta para condenar y destruir al hombre: sin embargo creo que se pueden establecer diferencias. Estas características, junto a los personajes imbuídos de lo demoníaco, permiten una caracterización ágil, ya que utilizando en la mayoría de los casos muy pocas líneas, se consigue dar el matiz y la dramatización necesaria a la caracterización.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agustín, San, *Del Génesis a la letra*, en *Obras de San Agustín*, ed. Á. Custodio Vega, Madrid, BAC, 1955, vol. 2.
- Ambrosio, San, *Hexameron; Paradise; Cain and Abel*, Nueva York, Fathers of the Church, 1961.
- Arellano, I., *Diccionario de los autos sacramentales*, Pamplona-Kassel, Universidad de Navarra-Reichenberger, 2000.
- Arellano Ayuso, I., *Poesía satírico burlesca de Quevedo. Estudio y anotación filológica de los sonetos*, Madrid, Iberoamericana, 2003.
- Busto Saiz, J. R., «El demonio cristiano: invariantes», en *Demonio, religión y sociedad entre España y América*, ed. F. del Pino Díaz, Madrid, CSIC, 2002, pp. 23-32.
- Calderón de la Barca, P., *El divino Orfeo*, ed. J. Enrique Duarte, Pamplona-Kassel, Universidad de Navarra-Reichenberger, 1999.
- Calderón de la Barca, P., *El gran Duque de Gandía*, en *Obras completas. Autos sacramentales*, ed. Á. Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1987, vol. 3, pp. 95-110.
- Calderón de la Barca, P., *La cura y la enfermedad*, en *Obras completas. Autos sacramentales*, ed. Á. Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1987, vol. 3, pp. 749-73.
- Calderón de la Barca, P., *La primer flor del Carmelo*, ed. F. Plata Parga, Pamplona-Kassel, Universidad de Navarra-Reichenberger, 1998.
- Caro Baroja, J., «Infierno y humorismo (reflexiones sobre el arte gótico y folklore religioso)», *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 22, 1966, pp. 26-40.
- Chevalier, M., «¿Diablo o pobre diablo? Sobre una representación tradicional del demonio en el Siglo de Oro», *Filología*, 21, 1986, pp. 125-36.
- Crawford, J. P. W., «The Devil in Spanish religious drama», *Romanic review*, 1, 1910, pp. 302-12 y 374-83.
- Denzinger, H., *Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, Barcinone, Herder, 1973.
- Flores Arroyuelo, F. J., *El diablo en España*, Madrid, Alianza, 1985.
- Fothergill-Payne, L., *La alegoría en los autos y farsas anteriores a Calderón*, Londres, Tamesis Books, 1977.
- Galván, L., «El poema heroico a Cristo resucitado» de Quevedo, Pamplona, Eunsa, 2004.
- Haag, H., *El diablo: su existencia como problema*, tr. M. Villanueva, Barcelona Herder, 1978.
- Iffland, J., «“Todos somos locos / los unos y los otros”: Quevedo con casca-beles», en *Quevedo en Manhattan*, ed. I. Arellano y V. Roncero, Madrid, Visor, 2004.
- Mexía, P., «Relación de las comunidades de Castilla», en *Historiadores de sucesos particulares*, Madrid, Atlas, 1946, vol. 1, pp. 367 y ss., BAE, vol. 21.
- PO, Quevedo, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1981.
- Ott, L., *Manual de teología dogmática*, Barcelona, Herder, 1986.
- Quevedo, F. de, *Discurso de todos los diablos*, en *Obras completas*, ed. L. Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1932, vol. 1, pp. 197-225.

- Quevedo, F. de, *Execración contra los judíos*, ed. F. Cabo Aseguinolaza, y S. Fernández Mosquera, Barcelona, Crítica, 1996.
- Quevedo y Villegas, F. de, *Historia de la vida del Buscón*, ed. I. Arellano Ayuso, Madrid, Espasa Calpe, 1997.
- Quevedo, F. de, *La caída para levantarse, el ciego para dar vista, el montante de la iglesia en la Vida de San Pablo apóstol*, en *Obras completas*, ed. L. Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1932, vol. 1, pp. 1083-1148.
- Quevedo, F. de, *La constancia y paciencia del Santo Job en sus pérdidas, enfermedades y persecuciones*, en *Obras completas*, ed. L. Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1932, vol. 1, pp. 978-1026.
- Quevedo, F. de, *La cuna y la sepultura para el conocimiento propio y desengaño de las cosas ajenas*, ed. L. López Grigera, Madrid, Real Academia Española, 1969.
- Quevedo, F. de, *Los «Grandes anales de quince días» de Quevedo. Edición y estudio*, ed. V. Roncero, Madrid, Universidad Complutense, 1988.
- Quevedo, F. de, *Los sueños*, ed. I. Arellano Ayuso, Madrid, Cátedra, 1991.
- Quevedo, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1981.
- Quevedo, F. de, *Política de Dios: gobierno de Christo*, ed. J. O. Crosby, Madrid, Castalia, 1966.
- Quevedo, F. de, *Providencia de Dios padecida de los que niegan y gozada de los que confiesan. Doctrina estudiada en los gusanos y persecuciones de Job*, en *Obras completas*, ed. L. Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1932, vol. 1, pp. 1027-82.
- Quevedo, F. de, *Virtud militante: contra las quatro pestes del mundo, inuidia, ingratitude, soberbia, avarizia*, ed. A. Rey, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1985.
- Riandière la Roche, J., «Francisco de Quevedo y Villegas: *Visita y anatomía de la cabeza del eminentísimo cardenal Armando Richeleu*», *Crítico*, 25, 1984, pp. 19-120.
- Russell, J. B., *Lucifer. El diablo en la Edad Media*, Barcelona, Laertes, 1984.
- Sans, I. M., *La envidia primigenia del diablo según la patristica primitiva*, Madrid, Fax, 1963.
- Sola, S., *El diablo y lo diabólico en las letras americanas: (1550-1750)*, Biblbaio, Universidad de Deusto, 1973.
- Tomás de Aquino, Santo, *Suma teológica*, Madrid, BAC, 1957, 16 vols.
- Vidal, J., «Judas según Quevedo. (Un tema para una biografía)», en *Francisco de Quevedo*, ed. G. Sobejano, Madrid, Taurus, 1984, pp. 106-19.

